
MARTA
AZUL

LA PLAYA



Marta Azul



Retrato por Alicia Rodríguez Azul
(8 añitos y una superwoman)

Nacida al comienzo de los felices años setenta, en el salvaje oeste, de madre lesbiana y padre alcohólico, educada primero en un colegio de monjas lesbianas-masochistas y luego en otro de curas pederastas-sádicos; al llegar al instituto, y encontrarse con una educación como era debido, perdió la fe para comenzar a adorar la filosofía, gracias a Zaratustra.

Siguiendo los pasos de Nietzsche por los bajos fondos de la ciudad de Orense se convirtió en un tiempo récord en la prostituta más barata de la historia, aunque premiada por su generosidad lúbrica pudo realizar estudios superiores, a pesar de la miseria moral y económica en la que se encontraba siempre, como por arte de magia, su familia.

Llegó a Madrid en los maravillosos noventa, recién licenciada en Psicología, de la mano de un madrileño ilustre, artista del diseño gráfico, que le permitió dejar un trabajo que a duras penas le daba para pagar lo que le costaba vestirse cada mes en Zara, con la esperanza de poder llegar a convertirse en la escritora con la que desde niña había soñado.

Después de una novelita, que nunca publicó porque un amigo escritor -y autor de una obra sobre su supuesta vida licenciada titulada *Martázul*- le dijo que era mala, estudió durante cinco años la obra de Kristeva, con la finalidad de llegar a comprender el alma humana a través de la literatura, técnica a la cual bautizó como LITERACURA y puso de inmediato en práctica.

Tras pasar un año de ensueño en París, cerca de su particular diosa del conocimiento, presentó una literacura (literatura-terapia) a un concurso-curso de verano organizado por la Universidad Complutense llamado TALENTO INNOVADOR recibiendo el primero primer premio de su vida, mas topándose de narices con el Opus y quedando peor que estaba.

En plenos treinta años, y una crisis de un par de tetas, a pesar de haber luchado toda su vida contra el integrismo católico reinante en su país, y raíz de todo mal moral según su opinión, quiso seguir el ejemplo de su madre, y entrar al servicio de la dominación masculina, convirtiéndose en la “negra” de un impostor que iba de escritor, y de ese funesto encuentro nació el refrescante relato veraniego que les presentamos.

Portada de **Teresa Irisarri**



a fina arena, que comenzaba a relucir en tonos dorados con las primeras luces del alba estaba aún fresca por el transcurso de toda una noche en compañía de la gélida luna, que ahora cedía su puesto al astro rey. A solas con Él, y sólo fugazmente, a veces lograba vislumbrar los grandiosos e inmortales paisajes celestes cuya extensión me parecía infinita para el insignificante tiempo del que disfrutamos los humanos en la inmensidad del universo.

Y mientras esperaba el cálido momento de fundirme con el cosmos, tal como lo había logrado también una vez en sus brazos, en el preciso instante, cómo no, en el que la entrega había sido absoluta; el sol acariciaba tibiamente la orilla con diversos tonos anaranjados, propios del amanecer, hora amable, benigna y suave incluso para aquellos a los que nos abordan las incertidumbres y somos presa del desasosiego.

Allí me encontraba yo, admirando la belleza natural de la inmensa mar oceánica, reflexionando acerca de las sombras que atrapan, presionan y enloquecen incluso al corazón más férreo, e interrogándome acerca del acompasado ritmo con que batían las olas sobre la arena, mientras recorría mi mente una turbamulta de extraños pensamientos, que habían entrado sin permiso en lo más recóndito de mi ser impulsados sin duda por lo que había acontecido la noche anterior.

Mis sentidos carecían de razón entonces para sopesar los murmullos, las voces susurrantes que había creído escuchar la víspera fatal, sin acercarme sino levemente, en el fragor del agitado baile, a los labios de su amigo durante el breve instante tan sólo en que ellos consiguieron activar los resortes dormidos de una mente parcialmente atontada y aturdida por las circunstancias y los amargos sinsabores de la duda.

La confusión no hacía ahora sino reforzarse con las fuertes sacudidas de las olas, pues me recordaban constantemente las ideas e impresiones que habían circulado durante una noche entera por mi alma atormentada y culpable, incapaz de mantenerse leal ni siquiera al poder cósmico del amor. Y quizá por ello ahora me sentía así, condenada a dejarme arrastrar como las aguas que se encontraban a mis pies.

El inmenso círculo solar continuaba el camino hacia su plenitud, sin percatarse quizá de la inmensa grandiosidad que le rodeaba, allá en el cielo, mientras aquí en la tierra de los humildes mortales, Él, que asistió a la vida y la muerte de tantos seres humanos como jamás pudiera imaginarse uno solo de ellos, permanecía inmutable a los ojos de la mayoría, para quien se había convertido en una presencia habitual de sus días y cuya ausencia no podían imaginar.

Sin embargo Él centraba ahora el objeto de mis ensoñaciones, mientras allí sentada, bajo su luz, encogida y con las piernas abrazadas en un intento de sentirme envuelta, me embargaba una profunda soledad humana aunque no celestial porque en el fondo consideraba que a pesar de los incidentes acaecidos aquella noche de locura y confusión no había sido aún desterrada del universo. Aunque una dolorosa duda me asaltaba a cada golpe de mar.

Yo, simplemente una persona más, tan parecida y tan distinta del resto e, incluso, de mí misma, como cualquier otra, pero enredada en infinitas cavilaciones sobre el sentido de la vida estaba

dejándome llevar por la música acompañada de las olas. Aunque ni siquiera en esto era original pues, cuántas no me habrían precedido en igual o similar situación a lo largo de los siglos que componen la historia humana, quizá incluso en aquel mismo lugar.



De repente, por un momento, la visión de su amigo me invadía sin permiso. Nada parecía aclararse cuando pensaba en el ser amado, en la plácida cadencia de su cuerpo mientras hacíamos el amor, en el espíritu noble que había conseguido someter la música rebelde del mío con la tranquilidad de un bravo domador, imponiendo mediante las órdenes mudas que expresaban sus ojos, con fuerza, pero con dulzura, la voluntad de su presencia decidida.

Sus cabellos del color de la arena parecían enredarse en mis pies y recorrer mi cuerpo mientras el recuerdo de sus gestos taladraba mis pensamientos hiriendo al aire y a mi ser en lo más profundo. Sólo un sueño me había hecho pensar en aquellos primeros instantes, cuando yo había consentido a su figura unirse primero de modo momentáneo y luego cada vez más perenne a la mía simplemente porque él deseaba estar tan cerca de mí como yo de él.

Pero las ilusiones que nos seducen no son sino fantasías, quimeras y engaños sobre los que tienden a edificarse montañas sin pilares que las sustenten, aún a sabiendas de los peligros que las asedian. Si estuvieras realmente enamorada no le hubieras sido infiel, me había dicho una amiga incondicionalmente franca. Y entonces comprendí, quizá por vez primera, lo que siempre había sabido y me había llevado a rechazar con vehemencia el compromiso a lo largo de toda mi vida.

Y es que esa atracción inicial, casi primitiva, era una sensación mágica, que surge del encantamiento irracional siempre, pero más injusto aún para quien anhela enamorar y que de él se enamoren, considerándonos astros cuando no somos más que polvo de estrellas. Seducir, cautivar, trastornar el entendimiento no son sólo palabras cuyo significado queda oscurecido por la mente que trata de medirlas, sino que es la expresión de ciertas pasiones tratando de ser realizadas.

Desgraciadamente para nosotros, pensaba al mismo tiempo que la marea se acercaba suavemente al lugar donde la conciencia seguía martilleándome con sus temores, con demasiada

frecuencia nos permitimos el lujo de crear ficciones paralelas. Quizá sea una forma temerosa de esconder nuestros sentimientos encontrados bajo la niebla del desconcierto, al mismo tiempo que nos da la oportunidad de protegernos de nosotros mismos.

Y yo lo hice, reconocía amargamente, porque me parecía natural, sobre todo cuando aquella noche apareció su amigo, tan distinto... Pero, entonces, por qué todo se desvanecía a mi alrededor pensando, ahora, en la calidez que se desprendía de sus manos tan hábiles y delicadas, con vida propia, que formaban parte de una esplendorosa imagen celestial, eterna y candorosa en la que quise descubrir un ángel de bondad ejemplar.

Un corazón más grande del que nunca hubiera imaginado poseer, yo que siempre me había mostrado fría y racional, se estiraba como se expande el universo cuando su cuerpo se aproximaba al mío pues era mi propia inmensidad interior lo que me permitía abrazarlo, rodearlo completamente con mis brazos y estrecharlo contra mi pecho para sentir como su aroma se filtraba a través de mis fosas nasales y cada poro de mi piel.

Los áureos rayos del sol que todavía luchaban por zafarse en una lucha desigual de las aguas infinitas hasta hacía unos instantes, pero que ahora las cubrían ya casi por completo, me trajeron a la memoria el calor de sus labios y cómo mi boca ardía por efecto del dulce juego. Los respiros que nos concedíamos el uno al otro clamaban al cielo, o yo quería creerlo así, por convertirse en venturosas interrupciones de un eterno jugueteo amoroso.

Pero todo ello no era sino una supuesta crueldad que yo me permitía tejer al hilo de una ofensa inexistente, encumbrada por mi mente sobre los hombros de la razón y tan inofensiva como los pétalos de una flor cayendo sobre los verdes pastos de las cumbres aún sin nevar, impolutas. Y así era como trataba inútilmente de castigar un supuesto agravio con el lánguido escudo de la más insulsa indiferencia.

Mas la sabia rueda de la Fortuna tuvo a bien devolverme el golpe, haciendo de mi venganza un suplicio, mi condena. Pues un minuto de baile con su amigo, cuya presencia sólo trataba de revelar a quien la conquista debía hacer mío, aguijoneó sutilmente, al principio con mesura y delicadeza, con dureza y amargura luego, los puntos más sensibles de mi desconcertada conciencia para castigarme por mi necesidad.

Por eso tuve que partir de allí sola, porque no pude más que rendirme a la evidencia y confesarme plenamente, aun sin que nadie lo escuchara, con los silencios de mi memoria, ante los que declaré sin ningún pudor la más oscura de las dudas amorosas para al fin conseguir despejar mi mente en el frescor de estas aguas que ahora comenzaban a brillar hermanadas con el sol y abrigadas por su luz hasta fundirme en su cálido abrazo.

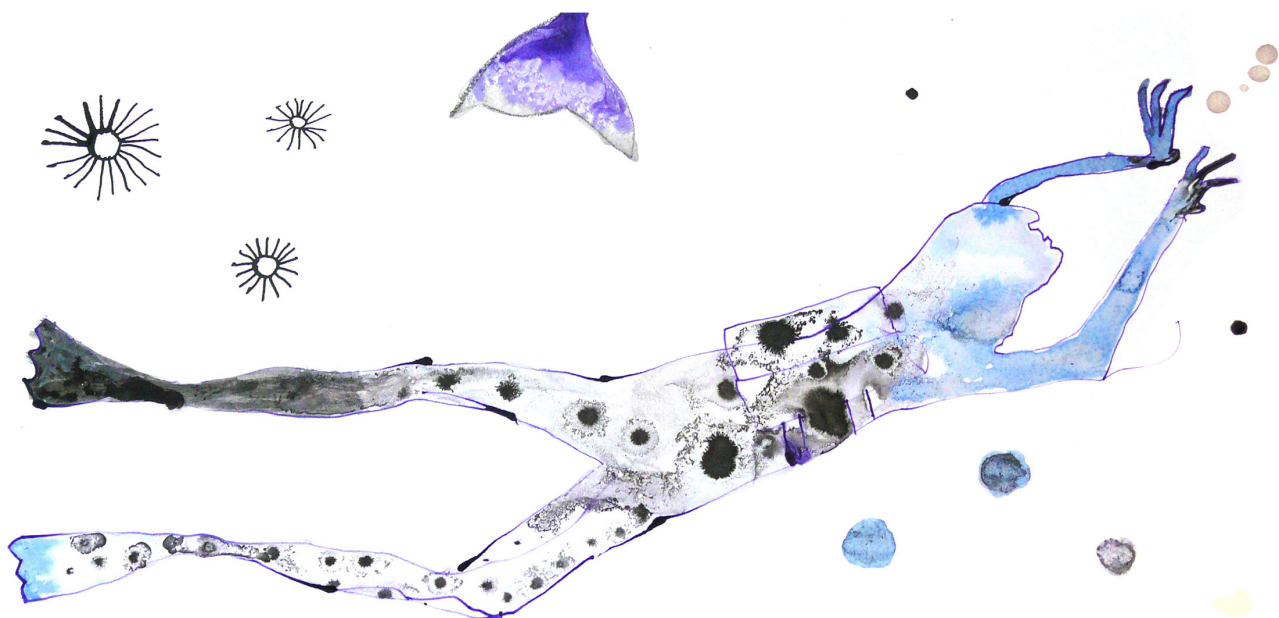
Los sueños de la sinrazón, producidos por la pasada noche de vigilia en un ambiente saturado de música y alcohol, pasaban ahora factura y pretendían sumirme en los brazos de Morfeo, justo cuando el poder de su pariente lejano Febo manifestaba con magnificencia su poder en las alturas. Pero la llegada del día no consiguió aún detener por completo el duelo que se libraba en los rincones más lejanos de mi memoria.

Entonces emprendí sin rumbo fijo el regreso a no sé dónde, no sé cómo, tomando como guía

pasajera las sombras que construían para mí las suaves olas en la orilla, presentándome un Mar de la Tranquilidad que para mí se convirtió de nuevo en desasosiego cuando traté de detenerlas para preguntarles quién era yo, qué pretendían de mí, cuál era destino que me fuera asignado al inicio de los tiempos...

En esos momentos no me fue permitido entender que una pieza faltaba para completar mi rompecabezas, y sola, ante la inmensidad de aquellas aguas vidriosas que hacían palidecer el tenue color verde de mis ojos, decidí liberarme de mis vestiduras, dejando con ellas la tristeza y la incomprensión a la que yo misma me castigaba, y compartir con las bellas nereidas unos minutos el sosiego de aquel gran estanque al que llamamos el mar, la mar.

Todo dejó de importarme en ese instante en el que era mecida sin control por las corrientes submarinas, cuya dirección no conocía, pero que me llevarían a un lugar mejor, sin tristezas, sin amarguras, sin dudas, sin fracasos. Y, de pronto, sin previo aviso, sucedió. Ya no estaba allí, sino en un lugar remoto, distinto, pero igualmente bello, rodeada de verdor y envuelta por el silencio de otras aguas.



Apenas conseguí abrir los ojos, al sentirme desnuda en aquella fría mañana a la que me transportaron mis ensoñaciones acuáticas, descubrí que no estaba dormida, o el sueño se había convertido en realidad. En cualquier caso, ahora estaba vestida, y bien abrigada, sólo que la tibieza de la mar en la que me pareció vagar un momento atrás se había convertido en el gélido invierno madrileño.

Frente a mí pude divisar una estampa singular que me devolvía a un momento remoto de mi memoria. No sabía cuándo ni dónde ocurrió, pero no dudaba haber estado antes allí sólo que el recuerdo que ahora emergía de las profundidades del olvido me empujaba violentamente a seguir el camino que se presentaba ante mí, sin permitirme siquiera pensar cuál era el objetivo. Sólo sabía que debía caminar sin descanso hasta descubrirlo.

Pero apenas hube empezado, algo o alguien me llamó y tuve que detenerme a la orilla de un río, al lado de un puente que no sabía si podría conducir a la felicidad o alejarme de ella. La paz que me ofrecía la gran corriente de agua, que manaba de alguna montaña lejana y se encontraba ahora a mis pies, conseguía calmar muchos de los desasosiegos que otrora embargaran mi alma y, por un momento, me sentí dichosa.

En un costado del puente pude ver una sombra que me observaba y, al bajar hacia la margen del río, me hallé sola, insegura, pero necesitada de seguir el camino que se aparecía ante mí, cubierto de hojas doradas y humedecidas por una persistente llovizna de la que no me había percatado hasta ese momento. Alguien me aguardaba a la vera de aquel río, y aunque no sabía quién era, estaba dispuesta a averiguarlo.

Lo cierto es que aquella sombra magnífica, hipnotizante, que probablemente me había seguido desde mis ensoñaciones marinas, se había disipado, o quizá halló refugio en las aguas cristalinas que se paseaban tranquilas hacia el mismo mar infinito del que yo procedía. Todavía no podía saber de qué o quién se trataba, y hacía esfuerzos por buscar su imagen en el recuerdo, pero al contemplarlo, aún sólo por unos instantes, le reconocí.

De pronto apareció ante mí, tan apuesto como lo era hacía veinte años y me doblaba la edad, aunque ahora teníamos ya la misma. Su piel estaba, como siempre, dorada por el trabajo al sol de mil y un días y el descanso reparador de mil y una noches. Aparecía, como de costumbre, con su sonrisa perfecta y tranquilizadora. Aunque desde que vislumbrara su sombra hasta que pude reconocerla había transcurrido mucho tiempo, y ambos vivido muchas nuevas experiencias.

La duda no había dejado de existir completamente, pero al menos contaba con el valor necesario para dejarla a un lado, junto con la cobardía que me cegaba, y hablar con ese otro Él que muchos años atrás, incluso habiéndolo olvidado, había amado. Entonces la oscuridad desapareció, al fin, de mi mente, y sólo quedaba un fulgor nacarado, brillante, que procedía de sus ojos, de su límpido corazón y de sus amados cabellos limonados.

A pesar de que habían transcurrido muchos años desde que nos abandonásemos el uno al otro, no era desconocido para mí, ni yo para él, ya que no había pasado demasiado tiempo desde la última vez que yo me había adentrado en lo más profundo de mis sentimientos para aceptar que, a pesar de que podía ser mi padre, no nos faltara ni un ápice de la pasión necesaria para hacer converger nuestras almas como ahora sucedía con mi amado.

Y aunque todo el acontecer de mi particular universo durante los últimos tiempos podía definirse por mis vacilaciones, en ese preciso momento ni siquiera hicieron falta las palabras. Aquel era mi sueño, y consciente de ello sólo yo podía controlarlo, aun siendo consciente de la irrealidad pasajera del momento, las palabras, incluso las más sencillas, estaban de más en aquel lugar de ensueños.

Sólo fue necesario una mirada para que la antigua sombra, transfigurada en faro de brillo eterno, se acercara hasta posar sus manos sobre las mías. Nuestras miradas, perdidas la una en la otra, se comunicaban a la perfección mediante signos desconocidos para ambos, pero plenos de significado, hasta que decidieron dejar su lenguaje silencioso para permitirnos acercarnos

rostros y posar levemente, con el miedo de la primera vez, nuestros labios sobre los del dulce enemigo.

La alameda junto al río que había sido testigo de nuestros primeros besos, los primeros abrazos, las primeras palabras... Los primeros paseos, apoyados en la mano y el hombro de su ternura, resucitaron en mí la esperanza, acallaron los temores que las estrellas habían profetizado tiempo atrás, y nos permitieron disfrutar de la inmortalidad presente en el delirio onírico de un pasado tan eterno como el de toda la humanidad.

Las primeras hojas del otoño, caídas para formar un lecho sonoro que amortiguara nuestros pasos, respondían a cada avance con palabras de amor, con acordes pensados únicamente para nosotros, y yo era incapaz de mirar hacia otro sitio que no fuese el lago formado por el radiante azul de sus ojos a través del cual podía zambullirme en un mar en el cual a lo lejos apuntaban los islotes separados de nuestro futuro.

Sólo tras aquel silencio prolongado, que supuse pasajero hasta el momento en que las voces apagadas con que hilábamos palabras se desvanecieron junto al río, descubrí cómo una podría estropearlo todo de mantenerse más allá del instante preciso. Y un segundo después de haber sido consciente, tras mirarle por última vez a los ojos y darme cuenta de que casi todo había sido un sueño, tuve que rendirme ante la evidencia.

Cuando quise darme cuenta, el reflejo plateado del agua de la ría llegaba frío y cortante hasta mis pies desnudos en aquella playa en la que me encontraba rodeada de jóvenes que regresaban para dormir en las coloridas tiendas enclavadas sobre el húmedo desierto de arena. Entonces, cuando uno de ellos se acercó a mí, desperté sobresaltada al hallarme de nuevo en esa realidad de la que huimos con frecuencia hacia el mundo de los sueños.

Tal como recordaba haberlo soñado, me desprendí rápidamente de mis vestiduras y nadé hasta perder el resuello creyendo aun que lo soñado era cierto, y que más que atravesar a nado la ría, lo que me embargaba era el agrio deseo de terminar mis días siendo devorada por las aguas para alcanzar al fin las profundidades de la tierra, o bien sentirme arrastrada por la corriente hasta un espacio infinito donde la presencia del sol se desvaneciera a lo lejos.

Sin embargo, cuando finalmente abrí los ojos, me encontré a mi lado con aquel desconocido de aspecto amistoso que se había acercado a mí en la orilla. Recobrando la razón, tras una noche sumida en recuerdos amargos, comprendí que dos cuerpos solos en medio de una vasta frialdad no solamente han de cumplir con el deber sino con la imperiosa necesidad de unirse, y así lo hicimos para salvarnos.

LA PLAYA DE MADRID.es

Marta Azul. Madrid, julio 2012

